

DIARIO DE UN MATRIMONIO 3/7

Domingo 24 de agosto

Me he quedado todo estos días en casa, por suerte no ha habido visitas incómodas, no han pasado esos perros de caza policiacos husmeando, ni los reporteros con sus preguntas absurdas embistiendo con sus cámaras como órdenes de allanamiento o permisos explícitos para hacer lo que les plazca en cualquier lugar. Gracias a Dios la casa permanece en silencio. Desde la ventana de la recámara puedo ver a uno de los primos de Román sentado en el coche, está viendo una película, fumando un cigarrillo tras otro, aburrido como yo.

El frío se cuele entre las ramas de los árboles y los va desnudando de sus hojas lentamente, como al fraccionamiento, el viento penetra estas fachadas de falso concreto que esconden detrás de cada puerta historias como la mía. Si despojamos a mis vecinos de sus máscaras los veremos sumergidos en las mismas impurezas desvergonzadas, si lo hacemos con mis padres, con mis suegros y con la familia de ambos, igual, llenos de apariencias, de besos en la mejilla que son al aire evitando ensuciarse con el inútil maquillaje, de serenatas desafinadas con las corbatas convertidas en un moño, ramos y chocolates que sólo sirven para pedir perdón, de canciones de amor que todo el tiempo hablan de traición y de remordimiento sin pureza.

Detrás de cada puerta y ventana puedo imaginar lo mismo, atestiguarlo tanto como lo mío, como lo vivido y escuchado generación tras generación. Parejas sentadas frente al televisor, dos desconocidos que quisieran ver un programa diferente y anhelan un control remoto para cada uno, dos extraños que desean que las horas se diluyan como el azúcar en el café. Esos niños que reciben montones de regalos en su

cumpleaños pero que nadie les pone atención el resto del tiempo, para eso tienen los videojuegos y la televisión con cable en la recámara. Y las mujeres alimentándonos frente al televisor, alimentando al perro, al gato, al esposo, a los niños y cómo no hombres como Román que son incapaces de decir "yo quiero esto" y tomarlo, y se pasan la vida deseando por debajo, imaginando lo que sería vivir de otra forma.

Crecimos pensando que habría un príncipe azul, que la vida consistía en estudiar una carrera, mantenerse bella, esbelta, vestir a la moda, ser alegre y coqueta todo el tiempo para conocer a alguien guapo y con buena posición económica, después, para amarrar al esposo, tener un par de hijos, mejor si son niña y niño, la parejita, y con ello la vida ya estaría hecha.

Después de haber apostado por ello, de haberlo repetido como un mantra, de haberlo practicado hasta conseguir la fotografía perfecta, hoy me doy cuenta que el modelo no funciona, que es una mentira, y que esa mentira, la mayoría de las veces incluye gritos en la intimidad, insultos públicos, amenazas, demandas, abandonos y en algunas ocasiones, golpes que se ocultan tras el maquillaje.

Me siento sola pero por primera vez libre, ya no tengo que responder a ningún modelo ni a las expectativas de nadie, no tengo que contestar con sonrisas a prepotentes groserías ni satisfacer los caprichos de nadie.

Han pasado trece días desde que me dispararon a traición... hoy puedo decir que fue a traición, con todo lo que esa palabra significa.

Sábado 6 de septiembre

"Soy inocente y lo voy a ser por el amor que le tengo a mi esposa, a mis suegros, a mis padres y a toda la sociedad"... ¡Maldición... puff! es terriblemente triste confirmar lo absurdamente idiota que puede ser tu esposo cuando le ponen un micrófono delante. A Román no se le ocurrieron mejores palabras cuando lo trasladaron del hospital a un cuartucho de hotel en el centro de la ciudad.

Han pasado veinticinco días desde esa oscura noche del asalto, desde su bala y la mía, desde la desgracia de mi bebé, y en todo este tiempo mi esposo ni siquiera me ha dirigido una sola palabra, un pensamiento o una mirada, como es su costumbre.

Para las autoridades, Román es el principal sospechoso, el autor intelectual del intento de robo (aunque hasta donde yo sé no falta nada en casa, mas que lo que se rompió esa noche o lo que el policía de manos torpes ha tirado en su andar distraído) Lo acusan también de su propia bala, la que no han podido extirpar porque se alojó muy cerca del corazón. Será un buen recuerdo, un pedazo de plomo a cada latido.

Rodeado de reporteros y debajo de la lluvia pertinaz, como pequeña venganza de la naturaleza, empapado y absurdo en una silla de ruedas tan inútil como innecesaria, mi esposo, tartamudeando, gritó "¡El culpable es un policía y está suelto!", sus palabras tropezaron tanto con sus pensamientos que no pude evitar que me vinieran a la cabeza esas otras cosas con las cuales se descubría su nerviosismo.

La culpa era del tono agudo de voz, ese que usaba algunas noches en las que me decía que había tenido que quedarse a arreglar unos documentos en la oficina, cuando yo sabía perfectamente que Román me engañaba, no sólo verbal sino físicamente con su secretaria, en cualquier habitación

del hotel o incluso en la casa de la playa, lo sabía porque su voz me lo decía como ahora me decía que estaba mintiendo.

Salí de mi trance por el ruido de los camilleros al subir a mi esposo a la ambulancia, vigilados por un grupo de policías. Mi suegra esperaba en el interior, vestida como la sombra que es, sentada en un rincón junto a las gasas y la máquina de respiración artificial. ¡Estos Rivera siempre han tenido cierta inclinación y debilidad por lo aparatoso, para lo bueno y para lo malo, aunque con muy poco gusto debo aceptar, el circo de la ambulancia se parecía de una forma absurda al anuncio de nuestro compromiso de matrimonio!

Esa vez el padre de Román ¡organizó una fiesta en las instalaciones de la empresa familiar, como si fuera una cuestión de negocios! Con un buffet desabrido, globos y serpentinas festejaban que el unigénito de los Rivera sentaba cabeza, parecía más una fiesta de fin de año empresarial que un anuncio de compromiso. Al día siguiente hubo desplegados de los socios de la firma, felicitando a ambas familias por el acontecimiento.

Ahora las cosas eran muy parecidas a aquella fiesta nuestra, pensé mientras veía desaparecer la comitiva, entre luces azules y rojas y el estruendo de las sirenas, y mi suegro, con esa altanería que lo caracteriza, habló con los reporteros para presumir que el tiempo que pasó Román hospitalizado costó medio millón de pesos, como si eso fuera importante. ¡El señor Rivera, el Don! como quisiera ser llamado por todo el mundo pero que sólo lo consigue de sus empleados más lamebotas, ridículo hasta en momentos como éste.

Verlo me obligó a girar la cabeza, para no ser testigo de esa prepotencia y altanería llena de ignorancia con la que me había visto relacionada tanto tiempo.

Jueves 11 de septiembre

Hoy hace un mes que desperté con una espina en el costado, un mes desde que los policías empezaron a entrar y salir de mi casa como si fuera un anexo de sus instalaciones, desde que Román estuvo entubado en el hospital y ahora en ese cuartucho de hotel en el que mal pasa los días.

Treinta aburridos días desde que nuestros nombres pasaron de las páginas de sociales a los de la policiaca, desde que "peritos y expertos" revisaron mi diario, mis emails, las postales de los viajes y mi ropa interior, siempre mi ropa interior... como si en el fondo de ella pudieran encontrar una prueba...

Un mes con las cuentas bancarias congeladas y las miradas perdidas entre mi padre y mi madre, evitadas entre mi suegro y mi suegra; de palabras incompletas que nunca acaban de convertirse en frase y mucho menos en reproche; un mes de abrazos ausentes de principio a fin.

En estos treinta días he descubierto lo que realmente piensan la familia y los amigos, las contradicciones entre los buenos y aburridos de mis padres y las mentiras y arrepentimientos a medias. Ahora y de repente me doy cuenta de que todo lo que me rodea siempre ha sido un poco mentira, incluyéndome a mí.

Me he pasado estos últimos días a propósito y de manera consciente, tirada en la cama... un trapo mirando al techo sin parpadear, sin fuerzas para abrir la puerta y salir a dar una vuelta, cansada de enfrentarme a tanta mentira con sonrisas de por medio, pensando y deseando que la bala no se hubiera alojado cerca del corazón de Román sino en el centro del mismo.

Viernes 12 de septiembre

Mi esposo pasó muy pocos días en el hotelucho del centro, sin servibar ni botones ni sábanas de seda, tan diferente al que él dirige con sus cinco estrellas y en el que todos lo obedecen agachando la cabeza como si él fuera un dios y ellos, mas que trabajadores, esclavos, cosa que a mi marido siempre le ha gustado, es esa absurda debilidad de los Rivera por el PODER, al menos por la apariencia del mismo, porque después de tantos años de conocerlos su influencia no ha pasado de un pedazo de tierra, como la de tantos otros pequeños burgueses como mis padres, compartiendo sus ridículas parcelitas de poder...

Dos policías en la puerta del cuarto y dos en la recepción vigilan a Román a toda hora como si temieran que pudiera escapar o, como si pensarán que es capaz de atentar contra su vida, cosa absolutamente ridícula conociéndolo. Aunque en estos últimos días debo reconocer que no podría meter la mano al fuego por ese hombre con el que solía despertar e irme a la cama todas las noches.

Esta mañana llegaron decenas de agentes encapuchados en esas terribles camionetas sin ventanas, en un segundo una torreta bicolor pintó de azul y rojo las paredes del hotelucho. El sonido de la sirena sacó al pobre de Román de un plácido sueño, se incorporó con la misma pereza de los niños cuando deben ir a la escuela un lunes de clases, se asomó y observó temblando el destino que le esperaba. Ya lo sabía, lo presentía desde días atrás, pero cuando se atrevió a comunicárselo a Don Rivera éste sólo respondió "no te preocupes, yo lo arreglo".

Era la segunda ocasión que esas palabras salían de la boca de mi suegro, la primera vez que las escuché fue cuando comenzamos nuestro noviazgo.

Román aún no terminaba la carrera y yo quería casarme con él pensando que en cualquier momento lo podría perder, era un buen partido, justo como me habían enseñado, sin decir nada, mis abuelas y mi madre, justo como los novios de la televisión y los de mis amigas.

En esa época yo disfrutaba de sus bromas y sus arranques de película, de los que podía identificar cada uno de los personajes que interpretaba cuando se enojaba, aceleraba, bromeaba o amenazaba a algún desconocido. Nos divertíamos, asistíamos a fiestas y bailábamos, alguna vez terminamos completamente ebrios pero después nos controlamos lo suficiente para no hacer nunca el ridículo.

A mí en verdad me gustaba estar con Román porque solía hacerme regalos costosos, si yo me detenía en un aparador del centro comercial él se fijaba en lo que yo había visto y días después aparecía con ello. En pago yo lo mimaba como si fuera un niño de brazos y a él le gustaba sentirse querido.

Yo me sentía enamorada aunque quizá no lo estuviera, tal vez era esa inercia de asistir a tantas bodas de antiguas compañeras de la preparatoria, fiestas en las que daba uno que otro empujón y estiraba el brazo por el ramo de la novia y lo animaba a que atrapara el ligüero, esas tonterías que se iban acumulando y crecían. Cuando los recién casados volvían el ciclo continuaba y había que ayudarlos a decorar su nueva casa y asistir a las primeras cenas en las que veíamos a nuestros amigos disfrutar de SU espacio.

De regreso, por la noche, mientras Román manejaba para llevarme a mi casa yo le decía que nosotros podríamos hacer lo mismo que todos ellos pero mucho mejor, con mucho más estilo, podríamos tener un casa más elegante, un jardín más grande y él podría tener un bar de verdad, no como el de sus amigos, con un par de mesas para jugar póker, y con una

pantalla (eso se lo decía porque sabía que él quería un proyector) en lugar de un televisor, y podríamos hacer fiestas cuando quisiéramos. Poco a poco, lenta y pacientemente, lo fui convenciendo.

Esa idea surgió en mi de una forma innata y pese a las circunstancias porque en aquella época yo apenas empezaba la carrera y llevábamos sólo unos meses, sin embargo, yo sentía que era algo que debíamos hacer...

Román por fin se armó de valor y en una cena familiar antes del postre casero, preparado por la sombra de su madre, como si estuviera pidiendo el salero aventó la frase "nos vamos a casar" y su padre enarcó las cejas, prensó el tenedor y sus nudillos se marcaron tanto como las venas azules de esas manos avejentadas, y esperó el platillo de receta casera que era el orgullo de la sombra sin decir nada. Cuando por fin apareció el postre, un flan que no tenía nada de espectacular, Don Rivera apretó los labios y de esa delgada línea de piel salió un "luego hablamos" que sepultó cualquier conversación al respecto.

Fuimos novios, como si nadie hubiera dicho nada en esa cena, durante un año y medio más hasta que Román terminó la universidad y entró a trabajar en la empresa familiar. La prisa inicial y la diversión fueron cediendo espacio a la monotonía y a saber que en nuestra vida las decisiones de pareja no se tomaban entre dos.

Esta mañana que amaneció demasiado fría y con el sol más tímido que de costumbre trasladaron a Román al Centro de Readaptación Social acusado por los delitos cometidos en nuestro hogar... si a eso se le puede llamar un hogar. Iba triste, quizás más que la tristeza el miedo era lo que controlaba cada uno de sus movimientos. Después de todo no es lo mismo vivir y crecer en zonas residenciales, pasar

veintitantos días en un hospital de lujo y de pronto levantarte rodeado de asesinos expertos e imprudentes, ladrones de pan, de cobre o de bicicletas, asaltabancos con pistolas de juguete y golpeadores de esposas e hijos o sentarte a comer frente a roba coches vende partes robadas y unos cuantos miembros de bandas de secuestradores, a los que, creo, son a los que más teme Román.

Por primera vez en su vida va a ser realmente un niño indefenso, ese niño que se escondía detrás de la espalda de su padre cuando lo acusaban de algo y se acurrucaba entre mis brazos cuando se sabía descubierto.

Román metido en un mundo de hombres sin los hombros de Don Rivera. Esta será su primera noche ahí.